

SUCEDIÓ UN 17 DE OCTUBRE

“Fue en mi país y en el tuyo, en ésta hija mayor de Indoamérica, que quiere ser una sola. Sucedió un 17 de octubre, pero podía haber sido cualquier otro día. Lo seguro es que tenía que suceder. Fue la firme avalancha del dolor, que se fue derramando por las calles. Y entonces, alguien recogió la queja. Le dio forma al grito subterráneo. Les dijo quienes eran. Los organizó. Y un día, los lugares de trabajo quedaron en silencio. Los desposeídos habían ganado la calle. Eran hombres, mujeres y niños que llevaban con ellos el hambre y el dolor. Pero también el triunfo. A ese triunfo le habían puesto un nombre: JUAN DOMINGO PERON”.

Estas emotivas líneas puede leerse en la contratapa de un long-play que se edita en 1973, reproduciendo una cantata popular sobre aquel magno acontecimiento para el campo nacional y popular: el 17 de octubre de 1945. La voz de los relatos está a cargo de Edith del Río y Héctor Alterio; canta el Grupo Arte Testimonial.

Como se recuerda, para ese entonces, Perón que había surgido a la vida política y pública dos años antes, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, había dignificado al obrero, al trabajador, al asalariado, otorgando derechos conculcados desde siempre. Tomar parte por los humildes de nuestra patria le valió el ataque de todos aquellos que concentraban el poder: cierto sector de las FF.AA. ligado a la suerte de Inglaterra, los partidos liberales por derecha (demócrata, conservador) y por izquierda (comunista, socialista), las empresas extranjeras monopólicas, los ricachones locales y los estancieros de doble apellido que trataban a sus peones de igual o peor manera que lo que habían hecho los señores feudales con los siervos de la gleba. Unidos en el odio a Perón y defendiendo sus intereses, lograron aislarlo, despojarlo de todos sus cargos forzando su renuncia y recluirlo en la isla de Martín García. Parecía que una vez más en nuestra historia, los que más tenían, los que hacían las leyes, los que vivían del trabajo ajeno, imponían su voluntad omnipotente.



Parecía... tan sólo parecía, porque el subsuelo de la patria sublevado (al decir de Raúl Scalabrini Ortíz) salió a jugarse por su Líder, a cambiar la historia argentina y a ser de ahí en más y para siempre, protagonista de la misma. No sólo rescataron a Perón sino que cuatro meses más tarde (febrero de 1946) lo ungieron presidente por medio de las elecciones más límpidas y transparentes de toda nuestra historia.

Ahora, bien. Una vez en el gobierno, ese movimiento revolucionario que es el peronismo, inicia un proceso histórico acelerado de cambio, para luego estancarse e integrarse al sistema establecido; sistema modificado es cierto, pero no transformado en su esencia. Por lo cual el Movimiento Peronista se “institucionaliza” adaptándose así a las normas de legalidad que garantiza el Estado. Para que se entienda: el otrora movimiento revolucionario, se vuelve movimiento ritualizado; los ideales se convierten en dogma, en motivo de un culto que unirá el presente a los orígenes, a través de una repetición ritual de esos mismos orígenes. En el caso que me ocupa, el 17 de Octubre, deja de verse, de recordarse, como una jornada de lucha para volverse –siempre instrumentado desde el Estado- como la conmemoración de un día de fiesta. Y si hubo fiesta, porque los trabajadores impusieron su proyecto, pero antes hubo lucha.

En la ciudad de La Plata, por ejemplo, los trabajadores lograron paralizar totalmente esa ciudad, Berisso y Ensenada y hacer un gran acto público en la plaza San Martín. Finalizado el mismo, el grueso de la gente, “grupos de obreros armados con ramas de árboles y proyectiles tomaron por las calles laterales de la elegante zona céntrica de la ciudad, pasaron frente a la corresponsalía del diario La Prensa, el Banco Comercial, la casa Lutz Ferrando, el negocio Jacobo Peuser y el Jockey Club de la provincia de Buenos Aires, se concentraron en la calle 50 y desde allí acometieron

contra todos esos edificios con una intensa pedrea, mientras en las calles adyacentes otros grupos atacaban y saqueaban diversos negocios y confiterías de moda. Una gruesa multitud volvió a apedrear las oficinas de El Día y volcó y destruyó en las inmediaciones tres vehículos pertenecientes al diario. Poco después fueron víctimas de los ataques, el otro periódico importante de La Plata, El Argentino, así como la corresponsalía de Crítica de Buenos Aires, donde se rompieron los cristales y se pretendió irrumpir en el interior (...) Al amanecer del 18 de octubre, los habitantes de La Plata se encontraron con un espectáculo que no tenía precedentes. Las calles no habían sido limpiadas por los barrenderos y no se veía otra cosa que vidrios rotos y puertas y ventanas despedazadas”. (“El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”. Daniel James. Desarrollo Económico N° 107, octubre-diciembre 1987). Como se ve, entre los objetivos atacados, tuvieron primacía, las empresas periodísticas al servicio de la oligarquía y el imperialismo, al parecer una constante en su lavada historia de tinta.



Concluyo con algunas citas textuales de compañeros que salieron a jugársela ese 17 de Octubre, porque estaba en juego un proyecto de Nación y su propia subsistencia como clase social.

“Yo trabajaba en esa fábrica hasta los días domingo. Como era menor de edad, una vez vinieron los inspectores y para que no me vieran, los patrones me encerraron dos horas en el baño. Teníamos que limpiar los pisos y la heladera. Y si protestábamos, a la calle. El obrero no tenía derecho a ninguna queja; si levantábamos la voz nos hacían llevar por la policía. El 17 de Octubre es imposible de describir. Fue como si Dios

hubiera bajado al balcón y nos hablara. Porque lo que Perón nos decía, nos daba tanto estímulo para vivir que es imposible decirlo con palabras”.

Josefa Buela. En 1945 trabajaba en la fábrica de media Minué.

“Con muchos de la fábrica fuimos a la plaza porque me gustaba el general Perón. Creíamos que el general era algo nuevo y había que defenderlo. Para nosotros el 17 de Octubre fue una esperanza para progresar. En la fábrica nos daban trabajo un día sí, y dos no. Cuando subió el general, trabajamos continuamente y hubo muchas mejoras para los trabajadores”.

Margarita Angeleri. Delegada gremial en la fábrica de arpilleras Gil.

“Fui a la plaza porque todos los trabajadores fuimos a defender lo nuestro. Llegué a las 5 de la tarde y me quedé hasta la una de la madrugada del día siguiente. La concentración del 17 tuvo como efecto la liberación de los trabajadores argentinos”.

Nicolás Ángel Blanco. Ferroviario. Cambista del Ferrocarril Central (hoy Mitre).

“Quemábamos basura todo el día en un horno grandísimo. Venían las chatas con la basura y la descargaban en una plaza. Yo tenía que rastrillarla hasta las bocas del horno. Yo era un pibe y no era muy lindo tener que estar allí empujando la basura. Pero para colmo, después de laburar, no tenías agua caliente para bañarte, ni en invierno ni en verano. ¿Sabés lo que era bañarse con agua fría cuando salías del turno de 24 a 6 de la mañana? Pero lo tenías que hacer. No te podías ir a tu casa con ese olor. Cuando subió Perón pusieron el agua caliente y prohibieron el horario nocturno. Antes, un simple capataz era dueño y señor. Te veía mal parado y te podía suspender. Hacía lo que quería. Uno no tenía ni derecho al pataleo: te quejabas y te echaban del trabajo. El 17 yo entraba ese día a laburar al mediodía. Fui a la usina y al llegar los veo a todos en la puerta. Nadie trabajaba. Estábamos liberados. Se sentía una esperanza, como una luz que venía... Era tanta la alegría que todo el mundo en la calle se mezclaba, se hacían amigos y de allí todos a la plaza. Era un día hermoso, de calor. Quizá de ahí quedó eso del ‘día peronista’. A las dos de la tarde nos ubicamos casi en la mitad de la plaza. Había una alegría terrible... Seguía llegando gente de todos lados y hacía cada vez más calor. Las mujeres de las fábricas escribían en los delantales con el lápiz de labios: ¡Viva Perón!

Cuando apareció el Hombre, eso es imborrable; cuando lo vimos en el balcón, cuando levantó los brazos, cuando dijo ‘¡Compañeros!’ . Contento el hombre con su pueblo y el pueblo con ese Dios que venía. No lo quiero comparar con Dios, pero era algo así. Por lo menos, así lo sentíamos; era la esperanza, confiábamos ciegamente en él (...) Fue hermoso ver a la gente en la calle, pero para algunos fue muy desagradable. El mismo Perón nos lo dijo: cuiden esto, porque la oligarquía jamás se los va a perdonar”.

Oscar Esteban Ubalde. Para el '45 trabajaba en la usina incineradora de basura de Chacarita, sita en la calle Rodney entre Jorge Newbery y Guzmán.

“Eran las 10 y media de la mañana. Un grupo de 4 ó 5 muchachos entran a los talleres y conversan con nosotros. En ese momento yo era tornero y delegado gremial. Nos dicen que fue detenido Perón y que hay que rescatarlo, porque nos quieren sacar todas las conquistas sociales... Yo me paré sobre un banquito y hablé: ‘Aquí los compañeros me comunican que vienen columnas de todas partes para tratar de rescatar a Perón. En lo que respecta a mi posición personal, yo creo que hay que ir ya’. La amplia mayoría salió con nosotros a la calle. Desde allí fuimos a la Plaza en una caravana impresionante que venía desde Barracas y se engrosaba en Constitución, donde había muchas industrias. Había gente de todas las edades y muchas mujeres de las fábricas. Algunos venían con banderas argentinas en las manos. El pueblo gritaba ‘¡Queremos a Perón! Y pintaba en los tranvías ‘¡Perón que grande sos!’ . Cuando a las 11 de la noche apareció Perón en el balcón fue una alegría tan inmensa, fue tan emocionante, que jamás en nuestras vidas podremos olvidarlo. Porque era el triunfo de nuestra dignidad, que es lo primero y principal que le dio Perón a los trabajadores argentinos”.

Sebastián Borro, un hombre de la Resistencia Peronista.

Roberto Baschetti

“Miradas al Sur”

OCTUBRE DE 2009